



Una sencilla teología del icono

¿Qué es y qué representa un icono? He aquí una serie de consideraciones sencillas y sumarias que nos permiten entrar en el santuario de este arte de la Iglesia con todos sus valores.

Ante todo, es necesario subrayar la complementariedad entre *la Palabra de la revelación y la imagen sagrada*. Lo que la palabra lleva al oído, la imagen lo lleva a los ojos y lo muestra haciéndolo accesible a la naturaleza humana. Es una idea del gran defensor de los iconos, san Juan Damasceno, el cual defendía el carácter popular de la iconografía con estas palabras: «Lo que es la Biblia para las personas instruidas, lo es el icono para los analfabetos; y lo que es la palabra para el oído, lo es el icono para la vista». ⁷

El papa Juan Pablo II lo recuerda en la Carta *Duodecimum saeculum* n. 10: «La Iglesia griega y las iglesias eslavas han considerado la veneración del icono como parte integrante de la liturgia, a semejanza de la celebración de la palabra. Como la lectura de los libros materiales permiten que comprendamos la palabra viva del Señor, así el mostrar las imágenes pintadas permite a aquellos que las contemplan acercarse con su mirada a los misterios de la salvación. Lo que por una parte se expresa con la tinta y el papel, por otra se presenta con los diversos colores y otros materiales (san Teodoro Estudita)».

Cristo es a la vez Palabra del Padre e Imagen del Padre. El Evangelio es palabra, pero refiere unos episodios que pueden ser representados, porque el cristiano tiene oídos para escuchar la palabra de Dios, pero también ojos para contemplar el misterio e interiorizarlo. Un antiguo texto conciliar del Constantinopolitano IV lo recuerda con estas palabras: «Nosotros decidimos que la imagen sagrada de nuestro Señor Jesucristo sea venerada con el mismo honor con que se veneran los Santos Evangelios. Ya que, como gracias a las palabras que este libro contiene, todos nosotros llegamos a la salvación, así gracias a la acción que los iconos ejercitan con todos sus colores, se nos anuncia y se nos trasmite aquello que se nos dice mediante las palabras. Es pues, conveniente, conforme a la razón y a la

⁷ *Defensa de las sagradas imágenes* I, 17: PG 94,1248. Citado por Dimitrios (cf. nota 2) n. 12.

antigua tradición, que, pues el honor se le da al arquetipo, sean honradas y veneradas las imágenes que de él derivan, como se hace con el sagrado libro del Evangelio y con la santa Cruz».⁸

La imagen es un *sacramental* de la Iglesia; la Iglesia bendice la imagen para que tenga una fuerza expresiva en la gracia y la presencia que comunica. Si la imagen es auténtica, tiene que ser bella, expresiva y teológicamente exacta para que pueda representar el misterio o la imagen de una persona.

Ante nuestros ojos la imagen es como una *presencia que se propone*, como una ventana que se nos abre, para entrar en comunión con Cristo, con la Madre de Dios y con los santos; una presencia accesible que nos invita también a la imitación, a realizar en nuestra vida lo que vemos, a revivirlo interiormente.⁹

La imagen es *recuerdo/memorial*, lugar de encuentro de miradas y presencias; es posibilidad de contemplación, es estímulo para la imitación. En la oración ante una imagen de Cristo o de la Virgen no sólo miramos, sino que nos sentimos mirados por Alguien que nos ama. La contemplación es en este caso una forma de «contemplar lo Invisible» (Hb 11, 27), o como dice la liturgia de Navidad, «para que contemplando las cosas visiblemente, seamos llevados al amor de lo invisible».

El Patriarca Dimitrios I expresa así en su Encíclica el profundo sentido del icono de Cristo como manifestación de su presencia, según la más genuina tradición oriental: «El icono de Cristo testimonia una presencia, su misma presencia, que permite llegar a una comunión de participación, a una comunión de oración y de resurrección, a una comunión espiritual, a un encuentro místico con el Señor pintado en imagen. Ciertamente el icono del Señor no es Cristo mismo, como en la Eucaristía el pan es su Cuerpo y el vino su Sangre. En el icono tenemos la presencia de su hipóstasis, que no cambia ni modifica en nada la materia o los colores o el pincel o los dibujos exteriores y las formas a las que corresponden los dibujos. Con todo, este icono reproduce de manera hipostática (personal) la

8 *Conciliorum Oecumenicorum Decreta*, p. 168.

9 O. Clement cuenta en su autobiografía espiritual la experiencia del encuentro con Cristo a través de un icono que había comprado, endeudándose, en el boulevard Saint Germain de París. Un icono que le mostraba la faz de Cristo que lo miraba. Comenta: “Ese rostro estaba ahí, como un enigma. Con la pretensión de un *yo soy* que constituía el origen del ser. El rostro de Buda está cargado de eternidad y cerrado sobre sí mismo, los ojos cerrados. Como diluido en su propia esfericidad. El retrato occidental es una apertura ambigua, con frecuencia tiene algo de efímero y de doloroso... El rostro de Jesús es ligero de eternidad. Siempre abierto, una diferencia, pero en la identidad. Y ese rostro estaba ahí, acogida absoluta de unos ojos que ya no pueden petrificar, desde que se cerraron sobre la cruz y se abrieron en la aurora de Pascua...” *El otro sol. Itinerario espiritual*, Madrid, Narcea, 1983, p. 67.

semblanza y la identidad de Cristo, que está representado en él y cuanto es característico de toda imagen suya. Todo el misterio del icono está contenido en esta semblanza dinámica y misteriosa que remite al original, es decir, al ser divino y humano del Señor». ¹⁰

Hay una relación entre palabra e imagen. Pero hay también dentro de la liturgia una relación entre *Eucaristía e imagen*. La imagen de cada fiesta representa lo que la Eucaristía nos ofrece. Así la imagen nos ayuda a mantener viva la gracia de la comunión eucarística que nos presenta el misterio. El icono visibiliza el don que nos hace la Eucaristía. Porque la Eucaristía es la máxima presencia de Cristo y en El y por la expresión más alta de la comunión de los santos. En este sentido las imágenes del templo revelan la plenitud de lo que en él se realiza por la celebración del misterio eucarístico.

En síntesis, todo icono, para que pueda ser venerado por los fieles, tiene que tener estas tres cualidades de las que sólo la Iglesia puede dar la garantía. Tiene que ser una imagen *verdadera, milagrosa, a-cherópita*.

- *Verdadera*, en cuanto sus rasgos tienen que corresponder exactamente a la palabra que la ilumina y que la imagen misma visibiliza.
- *Milagrosa*, en cuanto hace ver las maravillas de Dios, aunque a veces se trata también de una imagen que tiene la cualidad carismática de ser una fuente de gracias sobrenaturales y de manifestaciones milagrosas.
- *A-cherópita*, en cuanto no tiene que responder a una obra simplemente humana, hecha por manos de hombres, sino «no hecha por mano de hombre», inspirada por Dios a través de la mediación de su palabra y la tradición de la Iglesia.